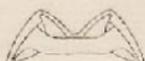




PUBLICACIONES DEL CENTRO DE HISTORIA DE OCAÑA

VOLUMEN I



INTERPRETACION  
ESTETICA Y LIRICA  
DE MILANÉS

por Luis E. Páez Courvel



CONFERENCIA LEIDA EN EL TEATRO MUNICIPAL DE OCAÑA, EL 25 DE JULIO DE 1935 EN LA CELEBRACION DEL 374 CENTENARIO DE LA CIUDAD.

Imprenta del Comercio  
MCMXXXV

*Con un abrazo de M.P.*

*001327-120.*





su verbo destructor, en bulliciosos aquellarres. Congregada a su lado, para desatarles la lengua, a los vecinos de parlería ágil e interminable que conocían los secretos domésticos y los escándalos matrimoniales. Su manera de hablar era rápida, turbulenta, erizada de sentenciosa y frívola sabiduría. Dogmatizaba a ratos, con ironía sincera, sabedor de que estaba más cerca de la verdad que los graves menestrales que le escuchaban. Sus odios no fueron más que la revaluación de su fuero intelectual invadido por los mercenarios. En él se acendrarón los vinos más añejos del espíritu, recogidos, como en vaso perfecto, en su encrespada y melodiosa cabeza.

Y fué en el amor un gran desventurado. No en vano había nacido bajo la constelación agorera que produce los terribles destinos.

Cuéntanse de él amoríos ingenuos, claros idilios, historias dolorosas. Ya es la novia buena y enfermiza que fallece inesperadamente y sume al poeta en sorda melancolía. Otras, es la niña adorable, de trenzas largas y manos transparentes que platica con él, parlera y melindrosa en el parque favorito. Pero Milanés jamás encontró el amor en las infantiles julietas que nos describen las historias de su madurez exquisita. Las mozas de mi tierra, de ojos asombrados y férvidos, pasaron por su camino como las vírgenes inalcanzables de un sueño de opio... Tal vez ambicionó, como el enamorado de Beatrice, apoyar su orfandad admirable en algún amor bueno que le colmara de cariño los abismos de su locura; tal vez tuvo uno de esos inconfesables amores que nacen y mueren en secreto, sueños de adolescencia criados en la euforia vital, cuando la ardiente fantasía no admite los dictámenes de la realidad circundante.

San Francisco, su barrio irremplazable, le amaba como a un Dios jovial, criado entre sus rodillas, acariciado por sus sonrisas, alimentado con el pan candeal que amasaran manos de mujeres hermosas, en los hornos de la pobreza.

El Parque del 29 de Mayo, San Agustín, Las Llanadas, eran para Euquerio lugares de tránsito donde era huésped amado pero donde se sentía incómodo, encogido, un poco taciturno, como si la querencia oscura de la calleja le reclamara en secreto, con las voces sutiles de su cariño. Cuando se mostraba remiso, el ánimo del barrio, sabedora de maleficios, le hacía rabiarse con aquellas minucias que mortificaban su fina sensibilidad de hombre y de artista: el aguardiente no tenía, entonces, aquél sabor a yerbas perfumadas que los alambiques de caña roban a la sierra, en los laboreos clandestinos; aquel otro era fuerte, pastoso, abominable y era menester ir a buscarlo a Santa Rita, donde llegaba oculto en espuestas de junco, entre mazorcas rubias de largas cabelleras primaverales. Y Euquerio, a la cabeza de sus amigos, emigraba a su barrio que se

asomaba a las esquinas para verle venir y reía, cascabelero, en las campanas de su espadaña, con la risa clara de los niños traviesos, después del infantil engaño.

Las callejas torcidas, se erguían, entonces, como mujeres, ufanas de verle; se orlaban de claridad, ceñían sus cuerpos con faldas de plenilunio, se tendían junto a él, sumisas y enigmáticas, le envolvían en terciopelos de sombra, le besaban la frente con el rocío del monte, cargado de gérmenes desconocidos, reptaban a sus pies, dóciles y embrujadas, a semejanza de las serpientes que apacigua y cautiva la voz sacerdotal de las flautas.

Calles de mi tierra, trazadas por la geometría de la emboscada, prestas a la asechanza, recogidas en el silencio, abrazadas a los caminos, en perpetua vigilia; calles de mi tierra, tatuadas en su piel centenaria, fino guadamacil adobado al fuego de las pendenencias, con historias fabulosas, iluminadas por la tragedia: por aquel rincón amable, discretamente cordobés, fulgió el revuelo de las espadas por los embelecos de doña Beatriz, la más bella rapaza de los contornos; por aquella calleja, aciaga y melancólica, pasó el torbellino de los Colorados, con don Jácome el Caudillo, sobre caballos desbocados, fragmento vivo de un friso legendario y por allá lejos, en los huertos de geranios, donde se anuncian los campos con fecundos olores de establo, pasan ráfagas de lamentos, que se desgarran en el silencio, mientras los buhos doctorales trazan parábolas litúrgicas sobre las copas de los barbatúscos.

Calles de mi tierra, vestidas para navidad con festones virginales, por donde el poeta de Iba camino largos años con aquella sonrisa triste «que le cubría la cara como una cortina de agua»; calles de amplios aleros y ventanas afables por donde se escurría el amor, como un diablillo alado, en su eterna conquista de corazones; calles de viernes santo ataviadas de luto, solemnes y monjiles, que se arrodillaban ante el sepulcro de sándalo y se empinaban, azoradas e ingenuas, a presenciar el milagro de la Resurrección; calles de pascua, llenas de luz, de perfumes, de locura, que se embriagaban con el vino de las estrellas y amanecían lívidas, estilizadas, con la fatiga de la vigilia en las ojeras de violeta.

Por esas calles nuestras, generosas y afables, deambuló Milánés; en ellas recogió la visión trivial de lo uniforme y de lo vario; indagó sus tradiciones, interrogó sus leyendas y en breves crónicas solariegas, que son estampas de hondo sabor añejo, proyectó su corazón como un fanal de espirituales irradiaciones.







potencias del destino, en esa perpetua fatiga de vencer el obstáculo que apenas destruido se vuelve a levantar, sólido como un muro de piedra, para recordarnos, con ironía inmóvil, la humana flaqueza, la congénita debilidad y para incitarnos a la acción tenaz, la única que encadena, aglutina y realiza las obras supremas.

Toda fuerza espiritual, por inasible que parezca, es susceptible de análisis, obedece a leyes profundas y constantes, que se hacen visibles a los ojos expertos del meditador, del psicólogo nato, que avizora en las zonas crepusculares de la vida, las formas esquemáticas de la razón. No es otro el método del psicoanálisis que sondea en las tinieblas del subconsciente los plasmata germinativos para aliviar esas neurosis extrañas que florecen en la locura.

Nada pierde al arte, como expresión humana, si se disecciona en menudos cortes a fin de hallar las vetas de la armonía, los bocetos y esquemas de la unidad artística, la razón de ser íntima y personal que preparó y alumbró la obra estética, el clima psicológico que hizo posibles tales relieves típicos, de especie determinada, con un módulo individual que se ha llamado el estilo. Así, el arte se hace más asequible a nuestra comprensión, se incorpora al conocimiento no ya en abstracciones amplias y caudalosas, que apenas es posible abarcar, sino en su origen, remontado su curso, allí donde apenas corre un hilo de agua, desprendido a veces de los pantanos, donde alientan los gérmenes en descomposición, las faunas monstruosas, las vegetaciones primordiales. No quiere esto decir, en modo alguno, que el manantial genético de la creación artística, y en el caso concreto de Milanés su manera de representación de la naturaleza o del espíritu, tenga una relación inevitable con fenómenos patológicos y sea, para decirlo de una vez, una sintomatología de la locura o de la neurastenia. Si tales signos aparecen en Milanés, sobre todo en el declive de su edad madura, ellos se originan, en la permanencia y continuidad de su actividad artística, reforzada por la imposibilidad técnica de expresión que se esboza en los poemas precursores de su muerte.

Lo que deseo establecer en este preámbulo es una base de ideas estéticas que me sirva de rumbo seguro a través de su obra y si notais balbuceos y vacilaciones en la interpretación de algún complejo embrollado e impenetrable, llenad vosotros el vacío con esa admirable indulgencia de que habéis dado muestras al acudir a esta fiesta de cultura que se ennoblece y decora con vuestra presencia.

A tres conclusiones triviales podrían reducirse los planeamientos de este ensayo. En primer lugar toda vocación ideal presupone una lucha, un flujo perpetuo de acciones y reacciones que buscan resumirse y lograrse en el reposo de la forma. Pero como este reposo no es más que un breve lapso, un paréntesis de eterni-

dad en este torbellino de realidades que se llama existencia, se infiere que todo destino, con miras a la superación, estará sometido a la vieja tortura de aquel gran sediento que ardía en hogueras de sed, amarrado al árbol de la leyenda, mientras corrían ante sus ojos enloquecidos ríos de frescas diaphanidades. Cada ideal superado deja tras de sí huellas de dolor, como las olas graciosas que arriban mansas a la playa són los residuos lejanos de la tormenta. El asceta y el místico deben, inevitablemente, domesticar en las disciplinas teológicas la voracidad impetuosa de los instintos. Cilicio y corona son el alfa y el omega de su tránsito a la santidad. En la superación profana el filósofo o el investigador están sujetos a idéntico proceso y si en realidad son diferentes sus actuaciones hay un punto en que coinciden sus trayectorias y es aquel en donde acaba la llanura y empieza el ascenso a la única y genuina superación.

Cabe al poeta, al genio intuitivo, lo que es obvio y natural a los razonadores o a los místicos? Es permitido suponer, sin pecar de osadía, que la obra espontánea, concebida en la visión radiante de las cosas, con la máxima desmaterialización que produce el arrobamiento, sea causa de tensión dolorosa en el sujeto que la concibe? No, en modo alguno; la propia objetivación de lo sublime estético, allí donde la voluntad parece aplastada por la naturaleza victoriosa no despierta en el artista las relaciones hostiles que son las productoras del sufrimiento. Pero no es únicamente en la contemplación donde reside toda la fuerza creadora del arte. Al plano de quietud trascendente, donde se intuye la belleza, sucede una gerarquía de actividades que están muy lejos de lindar con el reposo de la mente. Falta toda esa serie de complicados menesteres, técnica del color, de la estatuaria, de la poesía, de la música y de la arquitectura, que desde Praxiteles hasta Rodin ha sido la piedra de toque de los artistas. Un tercio de la vida de Miguel Angel se marchita en el acarreo de los bloques, como un simple cantero y todo el genio de Leonardo apenas basta para transportar al lienzo, durante largos años, la enigmática belleza de la Gioconda.

En segundo lugar, todo arte por incoercible que parezca, está contenido, en toda su potencia morfológica, en estructuras elementales, incapaces de transmitir, por propia virtud, el goce estético. El arte clásico se elaboró sobre materiales de imponderable sencillez, en la intuición genial de la sencilla naturaleza. De los lotos sagrados, de las campánulas primaverales, surgen los capiteles de Tolomeo sobre selvas de columnatas. Y en el globo solar que ciñe los frisos admirables está representada la gran potencia radiante que preside las eruditas teogonías del Parnaso. La leyenda de Calimaco nos da la clave de la intuición estética: paseaba un día el artista por la necrópolis de Atenas y llámole, de pronro, la atención la tumba de una niña ateniense sobre cuyo túmulo había co-

locado su madre una cesta de mimbre cubierta, según el rito, con una loza de piedra. Unas semillas de acanto, que habían germinado en el fondo, pugnaban por llevar sus hojas a la superficie y se desbordaban, crespas y graciosas, por los bordes de la funeral ofrenda. Sorprendió al griego la esbeltez femenina de aquella cesta que le pareció una copa labrada y sellada para los sacrificios. En los diseños de los maestros, en los moldes alados de las Academias faltaba aquel modelo de perfección plástica que sería el hallazgo de su carrera, el ánfora de mármol sobre el tallo armonioso de la columna ática. Y arrebatado por el fuego divino que alumbró el tránsito de la intuición a la expresión, corrió al taller y del blando barro de las metopas malogradas, con la fiebre en las manos genuales, moldeó la belleza geométrica del capitel corintio.

Y, finalmente, la obra artística ha de ser fin de sí misma. De ahí que la belleza de la obra de arte esté en proporción inversa de su utilidad. El momento individual de Meuman no es una caprichosa teoría sino un dogma de arte.

Sirva este preámbulo de portada al estudio de Milanés. En su obra, escasa y endeble para algunos letrados, he encontrado yo, cumplidas en su conjunto, las leyes más difíciles de la estética pura.

No he querido, de intento, rebuscar en sus versos con el compás de la métrica o con las sutilezas retóricas de los maestros. Silvas y elegías, dáctilos latinos y exámetros griegos, toda esa selva de metros y acentos, es follaje inútil en la interpretación estética del poeta.

Para buscar y hallar el secreto de Milanés tenemos que olvidarnos de todo, absolutamente de todo, menos de la belleza.



El poeta se dedica a expresar la vida, desde un momento hasta el infinito, y a través de los siglos, en un lenguaje que es el lenguaje de todos los tiempos.

Se divide en tres categorías: poesía lírica, poesía dramática y poesía épica, que corresponden a los tres géneros de la cultura, a lo largo de su desarrollo histórico.

En la primera, la poesía lírica, se desarrolla una y otra vez, una búsqueda de identidad y expresión de lo propio. Son los poemas que se leen primero, como de expresión de lo propio. En la segunda, la poesía dramática, se desarrolla una y otra vez, una búsqueda de la identidad del individuo. En la tercera, la poesía épica, se desarrolla una y otra vez, una búsqueda de la identidad del grupo.

---

## LOS POEMAS

---

El poeta se dedica a expresar la vida, desde un momento hasta el infinito, y a través de los siglos, en un lenguaje que es el lenguaje de todos los tiempos.

En la primera, la poesía lírica, se desarrolla una y otra vez, una búsqueda de identidad y expresión de lo propio. Son los poemas que se leen primero, como de expresión de lo propio. En la segunda, la poesía dramática, se desarrolla una y otra vez, una búsqueda de la identidad del individuo. En la tercera, la poesía épica, se desarrolla una y otra vez, una búsqueda de la identidad del grupo.

Milanes no podía olvidar esa actividad cotidiana que le daba sentido a su existencia y le hacía al poeta. La importancia de su poesía no había sido olvidada con estos poemas, sobre los poemas de guerra. Para explicar la poesía de los poemas, milanes



dereanas era menester no un alma lírica como la suya, reforcida y esbelta, que ascendía al espacio a semejanza de las encañadas aguias de las catedrales. Y Milanés se dió cuenta perfecta de su incapacidad para describir el paisaje. Basta revisar con cuidado el manojito de sus versos para concluir que carecía de potencia analítica para penetrar y describir, en fuertes relieves visuales el paisaje que le circundaba.

Hay tres poemas en su libro que nos dan una noción perfecta de su técnica para enfocar la belleza objetiva. Son los titulados FRAGMENTO, CAMPESTRAL, y EGLOGA. Y de los tres el más exacto en el detalle, aunque no el más hermoso, es FRAGMENTO. El mismo llama acuarela este pequeño ensayo de algún valor cromático y que pertenece al estilo pastoral. CAMPESTRAL es menos nuestro, menos criollo en sus detalles aunque hay estrofas que parecen copiadas de un rincón campesino. Pero en la EGLOGA el poeta realiza el único intento, ejecutado con arte, de repujar la forma lírica, subjetiva, con la decoración preciosista de la escena. Es un idilio de Teócrito, cincelado en blandos metales de rica orfebrería. El blanco y el azul campean en este poema eglogico, pero se insinúan a través de sus versos, metrificados sobre el endecasílabo, todos los colores de la paleta indígena: el gris moreno de las palomas, el verde metálico de los árboles nuevos, el caoba dorado de los trojes y toda esa abundancia de oro, de rojo, de verde y de azul que decora el plumaje de los pavos reales. Pero esto sería fácil. La dificultad está en sujetar esa forma con los aros poderosos de la cadena lírica; porque no se trata, como lo sabéis, de un medallón burilado pero inmóvil, como esos tallados brunelescos, finamente labrados pero sin movimiento. Por la EGLOGA de Milanés pasa el aliento vital, dándole a las cosas el ritmo de la frescura, el aliento de la verdad y de la vida.

La moza, sana, garrida y bella, corre al ordeño y el patio de la heredad se ilumina con la dulzura de su sonrisa. Acuden los hecerros de piel fina y suavísima, en busca de las doradas ubres, merodean las gallinas sobre el espinazo de los árboles secos, mientras el delantal de la zagala, blanco como la arepa criolla, flota ceñido al talle maravilloso.

Oigamos al poeta:

En la mañana azul todo era blanco:  
blanca la niebla errátil que envolvía  
la tranquila heredad; blanca la leche  
que de la ubre rubia de la vaca  
exprimía tu mano de alabastro  
en la vasija rústica. Más blanco  
era tu delantal de tela blanca.

Lloreban sus vindeces las palomas  
sobre las altas copas de los árboles  
cuando llegaste al pozo tarareando

a llenar la botija de agua fresca,  
 menos fresca quizá que tus mejillas  
 que tienen la frescura de las hojas  
 en los amaneceres montañosos.

Parlaban sus amores los zogaes  
 mientras astillaban con el hacho ruda  
 el va seco airayán, cabe la puerta  
 de la cocina bienoliente a troje;  
 y tú molías en la piedra clásica  
 el menudo maíz recién cogido  
 para con él hacer la blanca arepa,  
 no tan blanca quizás en su blancura  
 como tu delantal de tela blanca.

Corrían por el patio los becerros,  
 cantaban las perdices en las lomas,  
 el pavo real inflaba su plumaje  
 para ofender a la gallina humilde;  
 un can entre la puerta redoblaba  
 la vigilancia policial, en tanto  
 que yo rumiaba con la mente el verso,  
 estos versos acaso no tan blancos  
 como tu delantal de tela blanco.

Pero no es con la naturaleza como va a superarse el poeta. El alma lírica de Milanés necesitaba una expansión más amplia y así como en arquitectura el arte gótico obedeció a la necesidad de cubrir grandes naves e iluminarias, la capacidad del poeta reclamaba las libres expansiones de la lírica emocional, que no conoce trabas ni ataduras y que fluye espontánea, a impulsos de la arrebatada inspiración. Casi toda la obra de Milanés, bien escasa por cierto, está saturada de este jugo esencial y en todos sus poemas flota el recuento doloroso que le interroga, con amargo lamento. Aquí es la novia triste que le deja, al desaparecer, un sedimento de melancolía; allá es la noción abstracta del infinito que tañe su lira y le repite, en LIED, la oscura metafísica del Fausto; en aquel otro canto, que es una Oda Anacreóntica, el poeta se siente solo, irremisiblemente solo, con la certeza de su perdida ventura y arranca, entonces, del arpa admirable, esos dos cantos alados que son la historia de su infinito amor y que constituyen los dos extremos pasionales de su obra estética: el primero, ILVA, es el deleite de amar, la desintegración de su ser ante el milagro de los amores castos y supremos. Nadie podrá superar esta ingenua confesión de su idilio:

Enferma mariposa de la vida  
 en la nieve, mi alma,  
 en la pantalla azul de tus ensueños  
 quiere quemar sus alas;  
 y haré lo que tú quieres  
 y tú lo que yo quiero;  
 querer es una cumbre,  
 la vida es como un sueño....

Niebla de las montañas envolvía  
 como un manto nupcial tu cuerpo de hada,  
 cuando bajo de un cielo inverosímil  
 se besaron temblando nuestras almas.  
 Y fué un testigo el lirio, y fué un testigo  
 el ruiseñor galante. La fontana  
 rezó solemnemente la liturgia  
 de las consagraciones invioladas  
 mientras que desde el dombo  
 inverosímil, de azul, de oro y plata  
 las estrellas llorosas  
 de dicha nos miraban.

Yo soy como una pena  
 que tiene su laúd  
 para entonar un canto.

Y tú?

Ah! tu eres la esperanza  
 y la eterna ilusión  
 y el cántico que anuncia:  
 mañana, ayer y hoy....

Yo haré lo que tú quieras  
 y tú lo que yo quiero:  
 querer es una cumbre,  
 la vida es como un sueño....

La segunda parte de este poema delicadísimo es el reverso de la alegría y de la plenitud del amor. El poeta se siente abandonado, arrinconado en su soledad, asaltado por dolorosos presentimientos. Ya ha perdido la fe, le ha dejado atrás la juventud, le ha mordido la amargura y desde el ribazo de su miseria tañe de nuevo el arpa eolia y vuelan graciosas las melodías en ese canto triste, que es la rebeldía del alma sin esperanza:

No te vas que aún tengo para consolarte  
 del mal de la vida  
 el poder de amarte;  
 y amar es el fin  
 y el principio eterno;  
 amar es tener un sol sempiterno  
 un hilito de agua y un claro jardín;  
 es llevar el alma exenta de agravios  
 y un nidal de besos  
 cantando en los labios.

Aun tengo en el mundo para hacerte mía  
 el brazo fecundo  
 y el alma sedante de melancolía.

Qué haría sin tus ojos?  
 Qué haría sin tus manos?  
 Qué haría sin el triunfo de tus labios rojos?  
 Sin tus piés que andan como dos hermanos?  
 No te vas te ruego  
 porque si te vas  
 seré como un ciego,  
 seré como un ciego que anda a la ventura  
 y está por demás.....

Basta, señores, esta breve interpretación de Milanés, a lo largo de su obra. Pero antes de cerrar este capítulo será indispensable apreciar dos elementos esenciales de su fuerza poética. El primero es lo que yo denominaría IRREALISMO PLÁSTICO, aunque a primera vista tenga esta expresión algo paradójal. Milanés, como afirmé al principio, fué un intuitivo artístico y poesía, como tal, el excelso poder de crear, con puros elementos imaginativos, una representación abstracta de la materia. Tales creaciones nacen de la proyección total del espíritu que se difunde en los objetos y los transforma en símbolos de la vida interior. Es el panteísmo filosófico transportado a la poesía, encarnado en la estética y que realiza las más alquilaradas manifestaciones de la belleza. Quiero referirme a ese poema admirable que escribió Milanés en la curva más alta de su carrera lírica: ANIMA AQUAE.

Un fino catador de belleza, a quien mostré este canto hace ya varios años, me decía con razón que el verdadero título del poema debió ser EL ALMA DEL CÁNTARO. Para analizarlo hay que hacer una composición de lugar y recogerse en la meditación de las fuentes exhaustas. La quebradita luminosa ha desaparecido porque la ha devorado la sed del lecho arenoso. Las guijas secas relucen al sol y el cauce está asombrado de tanto silencio y llora, en su interior, la ausencia acariciadora de las aguas diáfanas. Y junto al lecho, en lo que fué ribazo de la fontana, un cántaro medita, mientras el alma del poeta reza, quién lo creyera, por el alma del agua! Nada hay más sobrio, más sencillamente admirable, que esta simbólica representación de la tristeza del poeta. Porque es a él a quien falta la fuente de la piedad, seca en su corazón, que a semejanza del cántaro vacío, llora los días felices cuando el agua pura de sus amores refrescaba su sed, poseía su existencia, exallaba con besos madrugadores su hermosa vida de veinte años.

Sobre el lecho arenoso  
de las fuentes exhaustas  
rezo, quién lo creyera!  
por el alma del agua.

Las fuentes se durmieron  
rumorosas y mansas...  
Qué sentirán los cántaros  
por las fuentes exhaustas?

En mi espíritu enfermo  
una tristeza canta...  
Qué soñarán los musgos  
por las fuentes exhaustas?

Y en mi interior una  
tristeza llora y canta,  
una tristeza ingenua.  
Será el alma del agua?



Sin conocer la moderna concepción de las escuelas literarias que introdujeron a la península el brillante cortejo de las imágenes orientales, no vacila el poeta en dedicarle al romance lírico algunas de sus más espontáneas creaciones. Como García Lorca tiene todos los dones que reclama el género romanesco: imaginación, ingenuidad, frescura sintáctica y un leve tono infantil para apreciar los detalles. El romance lírico se caracteriza por la fluidez de sus episodios. No tiene la amplitud de los cantos épicos y como todos los poemas populares se distingue por la ingenuidad y precisión vigorosa del motivo, por la incorrección métrica y por el desaliño en los sucesos que refiere.

COPLAS DE NAVIDAD es un romance vigoroso, ondulante, lleno de maliciosa barbarie y de picarescas alusiones que corren graciosas a lo largo de la narración poética. Pero en medio de las festivas luces de navidad, de las conservas malogradas, de los liples, las coplas y las guitarras, invade al poeta el desfallecimiento espiritual que le clava el filo de sus puñales, en el hechizo homicida de la madrugada.

Ah! que un recuerdo me ahoga  
y me sofoca la entraña,  
es el recuerdo de aquella  
de aquella santa, mi santa,  
cuando asido de la mano  
al pesebre me llevaba  
y mostrándome al Dios Niño  
me decía: este es tu toita,  
este nos da de comer,  
este nos paga la casa,  
este hace nacer la yerba  
y volar las palomas blancas  
y entonces yo le creía  
y ahora, ay Jesús del alma!  
me voy a tomar un trago  
que tengo la boca amarga....







formas reiteradas de la emoción o las insuficiencias orgánicas que són los planos inclinados por donde se desliza la tragedia.

Y todos los síntomas conspiran en Milanés para ofrecernos el tipo clásico del desarmónico superior, encadenado a los espectros de su raza por la mística cadena de su desmedrado linaje. Un peninsular aventurero y un alcohólico le transmiten al poeta, junto con las violencias herenciales, el módulo vital que le coloca, desde su adolescencia, en el ángulo artero de los más refinados suplicios. Pero no es sólo la tara congénita la que retuerce sus anillos de misterio sobre su cuerpo triste. Mirémosle de cerca. Sigamos, paso a paso, ese torbellino de circunstancias que van tejiendo su vida, con lino de melancolía, en la rueca de los supremos dolores.

Discurre su vida entre escombros hidalgos, bajo el viguetaje austero de las casonas virreinales. El nido es sordo y monacal, oloroso a yerbas medicinales y a cirios devotos. Las abuelas le crían entre el temor a Dios y el culto a los antepasados, culto afinado en la pobreza señorial y que poblaba los rincones del ceserón como un duende empolvado y risueño. Luengo estoraje de nobleza enfrascaba a las viejas en hurraño retiro, entregadas a sus menesteres humildes y a piadosas prácticas de religión. Un hidalgo italiano, don Jácome Morineli, «noblemente romántico», atraído por el señuelo de los escudos, en los días remotos de la fundación, servía de tronco orgulloso a la genealogía paterna del poeta. En este ambiente estirado y humilde debía correr toda la adolescencia de Milanés, entre faldas enlutadas, rezos, quebrantos y tragedias desconocidas, concentrando así, en el alma delicada del niño, la dolorosa y prematura realidad de la vida. Sin haber alcanzado la madurez es ya el galeote, el huérfano, el desventurado, el muchacho nacido a la intemperie, bajo el látigo de un destino implacable. Su alma, pulida para las desventuras, sufre la estrechez económica con el semblante rebelde de la impubertad fatigada. Tiene seis lías que le hacen trabajar a diario en cosas triviales e interminables; y para colmo de males se le castigan las travesuras con largas reprimendas de filosofía parroquial en las cuales van desfilar los castigos, unos en pos de otros, en infernales y amenazadoras evocaciones. En plena juventud, cuando sus compañeros de escuela se alistaban en la revolución del 99 y las hordas revolucionarias invadían la ciudad, estremecida de pavora, Milanés se arrinconaba en el hogar, bajo las faldas maternas, con los ojos desorbitados de pánico heroico. El no había sido criado para los episodios romancescos. De adulto, todavía conservaba las costumbres pacíficas de su niñez y cuando su bohemia escandalosa le sorprendía en medio de súbitas contiendas, hurtaba sagazmente su corpulencia lírica sin que bastara a retenerle el puntilloso decoro de las costumbres bárbaras. Tenía un concepto esquisitamente teórico del valor y a diferencia de Benvenuto amaba las pependencias

desde un plano artístico, ornamental, porque estaba cierto de que es preferible morir sobre el sosiego de los lechos piadosos que caer de una cuchillada galante.

Y si a ese panorama doméstico, mezquino y sin horizontes, agregáis el cuadro de la tierra, hecho de sierras bravas, de colinas ásperas, de rincones taciturnos, llegaréis, conmigo, a la conclusión de que un espíritu como el suyo tenía que romperse en el vacío como un pomo de cristal, repleto de esencias maravillosas.

Allá va, solitario, indiferente a la multitud, sordo a la cólera difamadora que le persigue, a tragar papeles judiciales con esa letra abominable que desespera a los fogados y fastidia a los jueces. Su oficio de escribano aniquila su genio, estrangula su sensibilidad, ahoga en cárceles de tedio, herméticas y crueles, ese gran corazón hecho para modular en las virgilianas florestas las sinfonías de las sosegadas campiñas.

«Bello ángel ineficaz, que bate, en vano, el vacío con sus alas luminosas»; hermano en el dolor a quien hombres sin fe, amordazaron con la soga de Cristo, escarnecieron y difamaron en nombre de conceptos oscuros y le ofrecieron, como a Sócrates, el licor de mirto que apuró a sorbos, mientras caía sobre su frente martirizada una lluvia de estrellas.

Ya no le sacude esa fuerza dinámica de la plenitud, que es la alegría de los ojos absortos en la belleza. La miseria fisiológica hincha su cuerpo de campesino y siente, día por día, los aletazos del alcohol, que trazan en su cerebro las fulguraciones del delirio. Bebe, en largas vigiliias que se prolongan hasta el alba, y corre el veneno por su garganta de condenado «como un chorro de estrellas». Con el licor desaparece la angustia, canta de nuevo en su corazón el mirlo melodioso que superó las melodías de las flautas silvestres y vuelven a pasar, ante su vista enferma, las castas mujeres de los poemas, con las trenzas divinas y los ojos gitanos en busca de sus caricias.

Mañana habrá niebla en las colinas de su espíritu, mañana volverá la tristeza a arrebujarlo en sus harapos de silencio: él lo sabe por amarga experiencia y sabe que en la tempestad interior que desarbola su mente y le arrebatla en la vorágine oscura, estará él solo en la selva angustiosa, solo en la tortura, sin que se tienda, sobre las crespas olas de su mar, la suave mano de Jesús, que domestica los apasionados delirios.

Hay en Papini una frase inmortal que es un cono de luz en la plenitud del pensamiento: En todo hombre, sea grande o pequeño, hay mezclados juntos, como decía el poeta, el fuego y el estiércol. Y los excelsos son aquéllos que, como el Dante, han sabido expeler los elementos innobles o han sabido quemarlos para hacer más viva la llama.

Milanés ha realizado esa obra de depuración individual que

recorre la grandiosa ruta de los predestinados. Se ha seguido a sí mismo en las etapas exóticas de su carrera. Y ahora, frente a su obra, tiembla de temor, vacila ante la esquivia potencia que le hiciera despreciar a los hombres pero que ahora le rechaza y huye de nuevo a los cortijos, en busca de las primaveras eglógicas. No en vano dice Spengler con sobrada razón, que todo hombre, verdaderamente creador, conoce y teme el vacío que subsigue a la terminación de una obra. Porque Milanés ha terminado la suya. De su flauta griega no escaparán ya, sutiles y melodiosos, aquellos dorados idilios, aquellas bodas de luz, bajo las parras de violeta y de oro. El ramo bendito de las romerías criollas, las botijas repletas de agua milagrosa, las caras hoyueladas de las rapazas, la miel copiosa de las molindas, aquellas misas madrugadoras de Diciembre, que tanto amó su corazón, no le darán el fresco motivo ornamental para decorar sus romances. Ahora está solo frente a su locura, con las manos asidas a su propia miseria, desgarrada su fe, sin más alivio que el recuerdo, a semejanza de Silva, de Poe, de Leopardi, cuyas lirás de sándalo consumió un día el fuego de la desolación.

Y se realiza entonces, en Milanés esa interferencia polimórfica de los grandes desesperados: el deseo de singularizarse, de afirmar el sentido egocéntrico de la personalidad, sin escuchar los dictámenes de las ponderaciones sociales. Nada detiene esa rueda genial que arrolla las conveniencias y se burla de los anatemas. Es Byron sobre literas de marfil y con un cortejo de bacantes, dándole a Italia mística el espectáculo de los Césares degenerados.

Y entonces, señores, surge el solitario, como la inevitable secuela de la dolencia. El medio, ese gran modelador de caracteres y de espíritus, apenas servirá de escabel a los pies orgullosos del gran rebelde. Las corrientes sociales apenas tocarán sus sandalias, el turbio río de las culturas apenas besará su manto, tejido con pieles de marta y de castor, en los talleres de la belleza. Conocer y sentir el alma de un pueblo no es estar sometido a su influencia y el que represente esa cultura puede ser un gran señor pero es un gran sugestionado.

No veis ya, al lado del poeta, una mujer de rubia cabellera diabólica de cuyos ojos hipnotizantes fluye un vaho de misterio? Huyen de su lado las gráciles figuras que guiaron su cautiverio en los días en que cantaba a las palomas y a las zagalejas del campo. Esa mujer tiene un signo fatal porque a su lado se afligen los hombres y se aproxima la muerte. Se llama la ANGSTIA. Es la compañera del infortunio, la hermana de la miseria, la fiel esposa de la locura.

Y un día, todos los recordáis, un domingo otoñal, cuando los granados se coronaban de rubies y se enredaba el sol en las copas de los parrales, se entregó el poeta a la Angustia que cubrió

su cabeza de ruiñeñor con rosales sangrientos.

Dentro de mí surge ahora la imágen final de Milanés, tal como fué en su realidad física, tal como le quiero adivinar en su espléndida realidad artística: la frente está surcada de caminos, labor de arados gemidores en el trabajo del pensamiento; y llamea en la expresión la rebeldía inútil de los decepcionados que caminaron, ciegos, en busca del Amor y fueron devorados por el Abismo.

Pueriles esperanzas alentaron su vida en el embrujo de la villa cercada de colinas, blasonada de leyendas, morena y serrana como aquella mestiza de Bradomín, que cruza perversa y pecadora por los patios de los monasterios,

En la alcoba de la tragedia que fué la pobre alcoba de toda su vida, el altar, agobiado de imágenes protectoras, se inclinaba piadoso sobre el cadáver y parecía acariciarle el coágulo doloroso. Al lado del muerto lloraban las pequeñas, las pobres hijas abandonadas.

La ciudad descolgó de los cerros y de los jardines las sederías de sus fiestas luminosas y se vistió de episcopales dalmáticas. La muerte del poeta dignificaba los oscuros destinos y la ciudad y los hombres sentían el rumor desconocido de la gloria que invadía los espíritus y coronaba de lauros clásicos las aldeanas cabezas. No todos vieron el coro ateniense. Algunos sintieron el desplazamiento brutal de una vida, dentro del ritmo apacible, idéntico, donde las horas corren sin deslumbramientos y donde el espíritu apenas se empina, tembloroso, sobre el mundo de las imágenes.

Qué extraño, pues, que desde los cementerios abandonados, como en la noche de Santa Walpurgis las brujas aladas desfilaran sobre la casona hidalga en busca del poeta? Sobre el tejado lanzaron sus lamentos y el revuelo de sus alas pobló la noche de misteriosos rumores.



Sobre la tumba de Milanés como sobre una colina de bronce, agobiada de olivos perdurables, he meditado, en ese pobre destino de los hombres superiores que huyen sin brújula ni esperanza, cargados con su propio dolor, sedientos de fe, hambrientos de sabiduría, aplastados por la cólera de los dioses, con la frente apolínea coronada de serpientes.

Quién los ha comprendido? Qué mano piadosa ha suavizado la fiebre que latía en sus arterias como un río de fuego y de lágrimas? Quién acercó a su boca, plena de maldiciones, el cántaro colmado para apaciguar la sed de su espíritu? Sólo la tierra oscura, húmeda, maternal, los ha recogido en su vientre donde avizora el misterio, con las alas de terciopelo confundidas en la noche.

Milanés! Tu crespada cabeza de bárbaro donde anidó el ruiseñor de la sierra, tus manos de marqués labrador que amaron la aldeana caricia, tu boca sensual, henchida de melodías, todo lo que hubo en tí, lírico y sensitivo, se desintegró en esta tierra tuya, blanda tierra de tus abuelos, de tus mujeres, de tus romances, donde la égloga cubre de rubias trenzas la frescura de los maizales, perfuma el agua de las linajas vernáculas en cuya piel de cinabrio se deslía el sol pálido de las madrugadas; tierra tuya, única y excelsa que ahora te nutre en sus arcanos subterráneos y te transforma en llama o en flor, hermosos símbolos de tu vida y de tu obra: la fuerza vegetal, potente y sensitiva que se abraza a tus poemas y los decora de narcisos y dalias, y la hoguera satánica, poderosa y rebelde, en cuyas lenguas ardientes se consumió tu corazón doloroso.

Estamos solos frente a la montaña! Adentro, en el hueco podrido donde fermentan los trabajadores de la muerte, ríes, oh hermano de la tristeza! y de tu boca de ruiseñor, destrozada por el destino, se escapan las melodías, una a una, con las alas de oro y el pico de marfil, en busca de la Amada.

En la propia ciudadela de las tumbas Milanés vino a mí, con la misma hechizada fealdad que le hacía parecerse a Darío y me condujo de la mano a la colina estéril. Un color ocre, matizado de bronce y de oro, refulgía glorioso sobre los cerros nativos. Era el sol bueno de los venados que llegaba desde más allá del horizonte a iluminar las cornisas labradas sobre el lomo de la cordillera.

Y con la diestra abacial que facturó los poemas alados, tendida en noble gesto, me señaló las rutas prehistóricas que convergían a la tierra, los rebaños de indios empenachados con el plumaje de cien colores, el áspero renacer de la selva criolla, el reventar de las semillas prolíficas en el sombrío seno del fantástico valle que resucitaba a mis ojos en un pasado de quimeras.

Y con palabras breves, y fulgurantes, que se atropellaban en su boca como halcones rapaces, hablóme así el poeta:

No desdeñes mi tierra porque ella me nutrió con sus jugos, me dió el vino de sus viñales, el mosto de su fermentado linaje, el señorío ambiguo de sus escudos. Criéme en medio de sus cerros y me alimenté con las flores del cámbulo y bebí el agua dorada que brotó de las milagrosas corrientes. Por nada del mundo habría trocado este pedazo de la montaña donde se meció mi juventud en los columpios ágiles, entre los arrayanes perfumados, bajo un cielo que encendía en claridades el fondo de mi vida. Tú no sabes, no puedes adivinar lo que encerró esta tierra de noble y de grande. Esos caminos que tú no ves pero que yo adivino conducen a los graneros de la montaña y por allí se va al paraíso de los naranjales, a los cortijos ingenuos donde la naturaleza vegetal, fresca y perfumada, agobia los sentidos con el deleitoso perfume. Por allí trepó mi juventud, ansiosa y panteísta, y fui el zagal

enamorado que cortaba ramilletes de dalias para llevarlos, encendido en rubores, a mi niña del campo. Eran los tiempos en que las mujeres lucían miriñaques y encajes y sujetaban las trenzas gitanas con anchas mariposas de seda. Y aprendí, entonces, que el amor es la sal del espíritu y me dediqué a cantar, en coplas melodiosas todo ese hechizo pastoril que fluye de mi castizo valle. Yo no entendía la prosodia ni distinguía un yambo de un alejandrino ni me importaba conocer los metros exóticos. Sabía que el arpa triste que me había deparado el destino había sido tallada y labrada en maderas preciosas y que las cuerdas de metal, tendidas sobre el melódico instrumento, respondían a mi voz con un rumor de guitarras celestes.

Si he muerto con mi propia mano, no culpes a mi tierra porque mi gloria le pertenece y todas mis miserias no son más que el coro ancestral de diez generaciones, recogidas aquí, en la urna de mi tragedia. Yo soy el vaso de alabastro, la fina copa de cristal, el ánfora de bronce, en cuyo borde iluminado escanciaron los dioses el licor esencial de las razas en decadencia.

Yo soy la flor, el río, la montaña, la selva de lirios, la muchedumbre de luceros, la promesa de los amaneceres, la violencia de las tormentas.

Y mientras las palabras brotaban de sus labios, en ágiles teorías y las alcobas de la noche corrían sus cortinajes de sombra, pensaba en tu destino, oh Tierra excelsa! en tus severas preeminencias, en tu abandono y en tu rebeldía. Y te veía surgir, un día lejano pero inevitable, ceñida con la corona de laurel en el concierto de las ciudades nortesantandereanas, porque tú, noble cuna de Milanés, bajo tu oscura capa de percales humildes, llevas el señorío supremo de la inteligencia y de la raza.

